

Crónicas desde One Police Plaza

Joaquín Botero



Botero, Joaquín, 1972-

Crónicas desde One Police Plaza / Joaquín Botero. – Medellín : Editorial EAFIT, 2024.

205 p. ; 24 cm. – (Colección Testigos)

ISBN: 978-958-720-906-8

ISBN: 978-958-720-907-5 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-908-2 (versión PDF)

1. Crónicas periodísticas - Colombia. 2. New York (Estados Unidos) – Vida social y costumbres. I. Tít. II. Serie.

079.861 cd 23 ed.

B748

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Crónicas desde One Police Plaza

Primera edición: julio de 2024

© Joaquín Botero

© Gerardo Romo, de todas las fotografías, incluida la de la carátula

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur – 50. Medellín, Antioquia

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-906-8

ISBN: 978-958-720-907-5 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-908-2 (versión PDF)

Coordinación editorial: Carmina Cadavid Cano

Asistencia editorial: Juliana Duarte, Camila Vélez, Luisa Montoya y Mar Ramírez

Corrección de textos: Las editoras y Marcel René Gutiérrez

Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Imagen de carátula: La estatua de la Libertad desde el ferry de Staten Island

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

A la Universidad de Antioquia

Índice

Nota editorial	11
Agradecimientos	13

East Harlem	15
NYPD Blues	17
La choza	23
Septiembre de 2022	31
Correa	33
Polanco	37
SoHo	41
Borough Park	47
Borinquena	51
Johnny Hincapié	55
El irlandés	65

Jackson Heights	69
El despido	73
Regresión	77
La barrera	81
El tallador de frutas	83
Hallazgos casuales	87
Trump	93
Gentrificación	97
El becerro	113
La encrucijada	117
Protestas	121
El papa	127
Realidad versus ficción	133
El río	135
El río del tiempo	137
Justicia para todos	139
<i>Ganja</i>	145
Retroceso	149
Un Fulano de Tal	153
Vocación	155

La portuguesa	159
Desesperanza	161
Reyes	165
Papel, digital, algoritmos	169
Mi <i>roommate</i> , el premio Pulitzer	183
El señor Córdoba compra queso en la ciudad de Nueva York	187
Gladiadores sobre el asfalto	191
<i>The Wire</i> , hecha realidad	199

Nota editorial

Este libro fue material de estudio y práctica dentro del Seminario de Énfasis en Edición del pregrado de Literatura de la Universidad EAFIT durante el segundo semestre de 2023. Las alumnas que participaron en este laboratorio –Juliana Duarte, Camila Vélez, Luisa Montoya y Mar Ramírez– leyeron a fondo el manuscrito inicial, se implicaron en su proyección como libro (imaginaron un público, describieron y cuestionaron su lenguaje, destacaron sus méritos, identificaron sus falencias y los caminos que debíamos recorrer para resolverlas) y participaron activamente en la corrección primera de las crónicas, en diálogo abierto con su autor.

Agradecimientos

Con un adelanto de este libro participé en el Taller de Libros Periodísticos organizado por la Fundación Gabo. Fueron días maravillosos en Oaxaca (México), donde el proyecto ganó mucho y tomó alas. Gracias a la Editorial EAFIT, que aceptó publicar el manuscrito, y a su editora Carmiña Cadavid y su equipo de colaboradoras por tan arduo y acertado trabajo, que incluyó la elección de las fotografías. Gracias a mi gran amigo Juan Guillermo Romero, también autor de esta casa, por sus valiosas opiniones en este y en todos mis libros. Gracias a mis sobrinas Abril y Olivia.

East Harlem

Un corredor mal iluminado en un edificio de vivienda pública. Varias cintas gruesas amarillas, cruzadas en una puerta ordenan “no pasar”. Un policía haciendo guardia ante el apartamento donde hay un equipo de investigadores. Esta fue mi primera escena de crimen como reportero asignado a los cuarteles generales del Departamento de Policía de Nueva York (NYPD), One Police Plaza. El escueto *e-mail* enviado por la Oficina de Prensa del Departamento (DCPI, Deputy Commissioner Public Information) decía algo como esto: “Mujer de setenta años fue encontrada muerta en la sala de su vivienda en tal dirección. Tenía un hematoma en la cabeza. La identidad está pendiente de la aprobación de la familia”. Usualmente no dan más información, y en el lugar los oficiales tampoco hablan. “Llama al DCPI”, responden si alguien indaga por algún detalle. Horas después la difunta sería identificada como Juana García en un *e-mail* policial o en un reporte de los medios *online*.

Para expandir la historia hay que tocar puertas con delicadeza, hablar con colegas o apoyarse en datos de los tabloides sensacionalistas, siempre prestos a desplegar a sus escudriñadores para recabar información. La búsqueda a veces me lleva a tocar puertas con el objetivo de encontrar datos originales para el reporte que luego complemento con otros tomados de medios colegas.

Diagonal al lugar del crimen –en el barrio East Harlem, al norte del Central Park– se abrió una puerta. Apareció una anciana negra y desdentada que fumaba. Me disculpé por molestarla, me identifiqué y le pregunté si conocía a la fallecida. Nos hizo pasar a la fotografía y a mí. La de

la cámara dijo que se quedaba junto a la puerta porque le hacía daño el cigarrillo. La miré con extrañeza. Me senté en una silla del comedor. Una mujer, al parecer la hija, salió de un cuarto y sonrió. Detrás apareció un muchacho preadolescente muy obeso. La mesa del comedor estaba llena de botellas de gaseosas y paquetes grandes de papas fritas y chitos. No había ventilación en el espacio. La hija no trabajaba. El chico no estaba en la escuela cuando debería.

La abuela explicó que a veces conversaba con la fallecida cuando se topaban en las escaleras o en el mercado de comida cercano. “Estamos aterrados con lo del asesinato. Pensar que podría haber pasado acá. Ella vivía sola, la visitaban los hijos ocasionalmente”. No quiso revelar su nombre, pero dijo que era nativa de Georgia (la imaginé joven, dejando el estado segregacionista, como tantos negros que emigraron a los estados del norte en busca de oportunidades y aceptación). “Yo he sido una mujer maltratada y temo que mi exesposo me busque. Desde que salió de la cárcel no tenemos ningún contacto”.

La policía informó que uno de los hijos había reportado cuarenta y seis mil dólares faltantes que la mujer mantenía en su apartamento, y ese detalle, más lo de la identidad del posible asesino, mantuvo el suspenso por varios días. Una semana después la policía reportó el hallazgo del dinero muy oculto en la vivienda y divulgó además que, según la oficina forense, la mujer se había caído y golpeado en la cabeza. Murió sola, aunque a pesar de su avanzada edad tenía una vida muy independiente y no requería acompañante.

Ese mismo año (2015), *The New York Times* (NYT) publicó un extraordinario reportaje titulado “The Lonely Death of George Bell”, lo que me llevó a imaginar que yo podría producir algo parecido si tuviera el tiempo, la posibilidad y la motivación necesarias para profundizar en la vida de la difunta. Ahora es demasiado tarde... Solo quiero pasar a la siguiente crónica.

NYPD Blues

El sábado 20 de diciembre de 2014, Ismaaiyl Abdullah Brinsley, un hombre perturbado, viajó en bus desde Baltimore hasta Manhattan, tomó el metro a Brooklyn y ejecutó por la espalda a los patrulleros Rafael Ramos y Wenjian Liu, quienes estaban sentados en su auto sobre la avenida Myrtle en el barrio Bedford-Stuyvesant. Brinsley había publicado mensajes rabiosos contra la policía en las redes sociales.

Trato de adivinar las horas que antecedieron al crimen, su búsqueda de un objetivo para el cobarde acto. Imagino que los policías tal vez se pudieron haber salvado si segundos antes uno de los dos hubiera decidido bajar de la patrulla; o si el otro hubiera detectado el peligro y hubiera alcanzado a desenfundar y disparar primero. Las calles de Nueva York no son una zona de guerra como las de algunos países del mundo, pero ¿estaban los policías distraídos con sus teléfonos celulares?, ¿habían bajado la guardia?

La noticia de última hora me tomó en la sala de redacción de *El Diario*, donde adelantaba unas notas de carácter comunitario. Me acerqué rápido en bicicleta a la escena del crimen por la misma ruta que tomo para regresar a mi apartamento. Las cintas amarillas de “prohibido pasar” interrumpían el tráfico sobre Myrtle. Como es usual, las reacciones de los vecinos, los pocos detalles oficiales sobre el crimen, sumados a las típicas reacciones de los funcionarios electos de la ciudad y lo poco que se pudiera tomar de otros medios sirvieron para armar la nota de portada del día siguiente que salió firmada por mi colega mexicana Zaira Cortés y por mí.

Ese mes de diciembre de 2014 fue inolvidable para el NYPD porque solo unos días antes un juez había decidido no iniciar un juicio contra el oficial Daniel Pantaleo, a quien se le había ido la mano, literalmente, con una llave de estrangulamiento para inmovilizar a Eric Garner, un negro muy alto y robusto que vendía cigarrillos sueltos en Staten Island, uno de los cinco condados de Nueva York. El hecho, ocurrido en julio, le dio la vuelta al mundo gracias a un video que mostraba a un hombre desarmado que no peleaba y caía como un enorme animal, mientras el oficial le aplicaba la técnica de inmovilización, a pesar de que Garner con voz débil gimió once veces al no poder respirar: *"I can't breathe"*. Ninguno de los cuatro oficiales que estaban alrededor hizo nada para disminuir la extrema letalidad de su compañero y esforzarse más bien en esposar a ese gigante derrotado y en el suelo. Un hombre con antecedentes de consumo y venta de marihuana que incordiaba a la policía porque persistía en vender cigarrillos al menudeo a pesar de que el NYPD lo tenía en la mira desde meses atrás en el decadente Tompkinsville Park, cerca de la estación del ferry que conecta con Manhattan.

Hubo muchas manifestaciones en la calle durante los meses siguientes y más todavía desde noviembre cuando un juez decidió que no había razones para un juicio. Cabe imaginar la presión a puerta cerrada que recibió el jurista. El alcalde Bill de Blasio, casado con una mujer negra y padre de dos, habló de más algunos días después cuando dijo que él instruía a Dante su hijo menor sobre cómo comportarse en caso de ser detenido. Tal comentario, más entendible de boca del líder comunitario o del defensor público que él había sido antes, pero no del alcalde de la ciudad en su primer año, lo puso en aprietos ante los medios y la opinión pública. El crimen le dio la oportunidad perfecta a Patrick Lynch, presidente del sindicato de patrulleros del NYPD, de decir que "la sangre de los patrulleros llega hasta las escaleras del City Hall" (que agrupa la Alcaldía y el Concejo Municipal). Cuando Bill de Blasio asistió al velorio y al entierro de los dos oficiales, docenas de policías le dieron la espalda al pasar. Fue un incómodo acto de irrespeto a la máxima autoridad de la ciudad. Pasaron varias semanas y supuestos diálogos entre el sindicato y la Alcaldía para suavizar el efecto nocivo de las palabras políticamente incorrectas de ambas partes.

Los meses siguientes seguí de cerca varios hechos que fueron como un seriado policial: murieron baleados los patrulleros Brian Moore y Randolph Holder mientras perseguían a criminales en incidentes separados; Akai Gurley, un joven afroamericano desarmado fue tiroteado en una escalera oscura por Peter Liang, un patrullero novato y asustadizo que desoyó la orden de no inspeccionar unas escaleras de complejos de vivienda pública en el caliente East New York (otra conferencia de prensa a la que asistí, en otra oficina de un abogado rico, con otros familiares de víctimas que recibirían una gigantesca indemnización). Tampoco en este caso el juez asignado formuló cargos fuertes; otro policía que en una labor llena de riesgos y posibles errores por decisiones tomadas en medio segundo era tratado con suavidad por un sistema judicial laxo con los agentes del orden. Vaya a ver lo que ocurriría si un civil es el que estrangula o dispara en una escalera oscura.

El Departamento de Policía inició un nuevo estilo de entrenamiento para enfriar situaciones agitadas con sospechosos y en formas de arresto que implicaran menos riesgo de muerte con perturbados mentales o personas que se resisten al arresto. Meses después, el gobernador Andrew Cuomo y el fiscal estatal Eric Schneiderman firmaron una ley para que siempre que muriera un civil a manos de la policía interviniera un equipo de investigadores externos a tal jurisdicción, para que no hubiera conflictos de intereses. La queja de algunos sectores era que la cercanía entre los departamentos de policía y las fiscalías de los condados impedía la independencia.

Durante estos meses, en medio de asignaciones o inclusive *off the record*, les pregunté a oficiales de distintos rangos si consideraban que había sido una falla de parte del oficial que mató a Garner y de sus cuatro compañeros por no intentar detenerlo, o en general, de otros muy impetuosos con el gatillo. Ninguno reconoció que hubiera habido error alguno, “no se sabía si Garner podía estar armado”, o “daba a pensar lo peor que opusiera resistencia, eso parece sospechoso y no queda sino disparar para defenderse”, fueron algunas de las respuestas que escuché. Incluso algunos parientes míos de Staten Island dijeron que “un detenido no podía nunca resistirse al arresto, entonces fue culpa de Garner”.

Pues lo que no veían como error lamentable sí lo fue, porque, a la larga, la ciudad y los abogados de la familia Garner lograron un acuerdo de indemnización de alrededor de seis millones de dólares. Un abogado se enriqueció más de lo que ya lo era y una familia pobre recibió millones por algo que se pudo haber evitado, una vida truncada por un exceso y un abuso. Dinero que no se invierte en el bien público.

Antes del primer aniversario de la muerte de Eric Garner fui a reportear y luego, el mismo día, a cubrir el evento conmemorativo. Desde la muerte se había mantenido junto al andén un recordatorio: una caja de acrílico con objetos del difunto, osos de peluche, fotografías pegadas y velas casi todas apagadas. La policía nunca dejó de hacer presencia desde la periferia del parque, sin acercarse al sector del andén, donde queda un negocio de productos de belleza. También desde las patrullas observaban a los transeúntes, algunos de los cuales se movían con la velocidad personal de los desempleados, algunos alcohólicos o drogadictos, casi todos negros, con caras hostiles al visitante o al que formula preguntas. Un retrato de la pobreza y la marginalidad en algunos sectores de la ciudad. En el acto hubo palabras más filosóficas y espirituales que de activismo social. Al final un criador de palomas mensajeras de Nueva Jersey liberó unos ejemplares junto a las dos hijas de Garner, de distintas madres, la menor era una bebé que había nacido después de la muerte.

El 20 de julio de 2015 la ciudad nombró una calle en Brooklyn, o sea lo que va de una esquina a otra, con el nombre de Detective Rafael L. Ramos Way. Así Nueva York reconoce a los oficiales caídos en acción, e inclusive a algunos que mueren en guerras externas. Asistieron el alcalde, Bill de Blasio; el comisionado del NYPD, Bill Bratton; la presidenta del Concejo, Melissa Mark-Viverito, y otros funcionarios importantes. También la familia de Peter Liang, el oficial chino muerto junto a Ramos.

A la distancia vi al energético Patrick Lynch, el poderoso sindicalista que lleva veinte años en su cargo y que fue reelegido meses después. Le propuse una breve entrevista. Respondió rápido y de manera robótica. El Q&A (preguntas y repuestas) quedó al final de la nota, aunque no salió en la edición impresa. Lamenté no preguntar si había sido un desacierto haber culpado al alcalde por la muerte de los patrulleros y las numerosas manifestaciones, aunque sí le pregunté por sus relaciones actuales con la Alcaldía. “Siempre mantenemos conversaciones con la Alcaldía”, dijo el poderoso activista de cabello engominado y respuestas fulminantes, que, según el *New York Times*, tuvo una breve y mediocre carrera como policía pero que luego encontró su destino defendiendo los intereses de la fuerza policial más grande del mundo.